

Y ambos maldicen su estrella,
 Callando el padre severo
 Y suspirando la bella,
 Porque nació muger ella,
 Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
 En esperar y gemir,
 Y las guerras acabaron,
 Y los de Flandes tornaron
 A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
 Un mes y otro mes pasó,
 Y el tercer año corria;
 Diego á Flandes se partió,
 Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
 Doraba el sol de occidente
 Del Tajo la vega amena,
 Y apoyada en una almena
 Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
 Las riberas azotando
 Bajo las murallas solas,
 Musgo, espigas y amapolas
 Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
 Creció entre la yerba blanda,
 Sobre las aguas tendido
 Se reflejaba perdido
 En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
 Entre su fresca espesura,
 Daba al aire embalsamado
 Su cántico regalado
 Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
 Tornasolada la escama,
 Saltaba á besar las flores
 Que exalan gratos olores
 A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
 El torreón se dibuja,
 Como el contorno redondo
 Del hueco sombrío y hondo
 Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
 El rigor de su fortuna,
 Y así la tarde pasaba
 Y al horizonte trepaba
 La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
 En confuso remolino
 Vió de hombres tropel lejano,

Que en pardo polvo liviano
 Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
 Y llegando recelosa
 A las puertas del Cambrón,
 Sintió latir zozobrosa
 Mas inquieto el corazón.

Tan galan como altanero
 Dejó ver la escasa luz,
 Por bajo el arco primero
 Un hidalgo caballero
 En un cebra'lo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
 Banda azul, lazo en la hombrera,
 Y sin pluma al diestro lado
 El sombrero derribado
 Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
 Bota de ante, espuela de oro,
 Hierro al cinto suspendido,
 Y á una cadena prendido
 Agudo cuchillo moro.

Vienen tras ese ginete
 Sobre potros jerezanos
 De lanceros hasta siete,
 Y en adarga y coselete
 Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
 Gritando:—¡Diego, eres tú!—
 Y él viéndola de través
 Dijo:—¡Voto á Belcebú,
 Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
 Tal respuesta al escuchar,
 Y á poco perdió el sentido,
 Sin que mas voz ni gemido
 Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
 Encomendóla á su gente,
 Diciendo:—¡Malditas viejas,
 Que á las mozas malamente
 Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
 A su potro las espuelas
 El rostro á Toledo dan,
 Y á trote cruzando van
 Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
 Dispone y permite el cielo,
 Que puedan mudar al hombre
 Fortuna, poder y tiempo.

V

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en rededor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el baston.
 Está, como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón,
 Escuchando con paciencia
 La casi asmática voz,
 Con que un tetrico escribano
 Solfea una apelacion.
 Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos
 Hacen pliegues al ropon,
 Los escribanos repasan
 Sus pergaminos al sol,
 Los corchetes á una moza
 Guinan en un corredor,
 Y abajo en Zocodover
 Gritan en discorde son
 Los que en el mercado venden
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
 En faz de grande afliccion,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salon,
 Diciendo á gritos:—¡Justicia,
 Jueces, justicia, señor!—
 Y á los piés se arroja humilde
 De Don Pedro de Alarcon,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan al rededor.
 Alzóse cortés Don Pedro
 Calmando la confusion
 Y el tumultuoso murmullo
 Que esta escena ocasionó,
 Diciendo:

—Muger, ¿qué quieres?—

Quiero justicia, señor.—

¿De qué?—

—De una prenda hurtada.—

—¿Qué prenda?—

—Mi corazón.—

—¿Tú le diste?—

—Le presté.—

—¿Y no te le ha vuelto?—

—No.

—¿Tienes testigos?—

A Flandes partió Martinez
 De soldado aventurero,
 Y por su suerte y hazañas
 Allí capitán le hicieron.
 Según alzaba en honores
 Alzábale en pensamientos,
 Y tanto ayudó en la guerra
 Con su valor y altos hechos,
 Que el mismo rey á su vuelta
 Le armó en Madrid caballero,
 Tomándole á su servicio
 Por capitán de lanceros.
 Y otro no fué que Martinez
 Quien á poco entró en Toledo,
 Tan orgulloso y ufano
 Cual salió humilde y pequeño.
 Ni es otro á quien se dirige
 Cobrado el conocimiento,
 La amorosa Inés de Vargas,
 Que vive por él muriendo.
 Mas él, que olvidando todo
 Olvidó su nombre mesmo,
 Puesto que Diego Martinez
 Es el capitán Don Diego,
 Ni se ablanda á sus caricias
 Ni cura de sus lamentos;
 Diciendo que son locuras
 De gente de poco seso,
 Que ni él prometió casarse
 Ni pensó jamas en ello.
 ¡Tanto mudan á los hombres
 Fortuna, poder y tiempo!
 En vano porfiaba Inés
 Con amenazas y ruegos;
 Cuanto mas ella importuna
 Está Martinez severo.
 Abrazada á sus rodillas
 Enmarañado el cabello,
 La hermosa niña lloraba
 Prostrada por el suelo.
 Mas todo empeño es inútil,
 Porque el capitán Don Diego
 No ha de ser Diego Martinez
 Como lo era en otro tiempo.
 Y así llamando á su gente
 De amor y piedad ageno,
 Mandoles que á Inés llevaran
 De grado ó de valimiento.
 Mas ella, antes que la asieran,
 Cesando un punto en su duelo,
 Así habló, el rostro lloroso
 Hacia Martinez volviendo:
 —“Contigo se fué mi honra,
 Conmigo tu juramento;
 Pues buenas prendas son ambas,
 En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida
 En la mantilla envolviendo,
 A pasos desatentados
 Salióse del aposento.

—¿Y promesa?—
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empenó—
—¿Quién es él?—
—Diego Martínez.—
—¿Noble?—
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo:—El capitán don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Diego,
Díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez.
—Yo soy—
—¿Conoceis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.—
—¿Hicisteis el juramento
De ser su marido?—
—No.—
—¿Jurais no haberlo jurado?—
—Sí juro.—
—Pues id con Dios.
—¿Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Muger, ¡piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.—
—Tienes testigos?—
—Ninguno.—
—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
E Inés, que lo vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitán don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.—
—¿Quién?—
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.—
—¿Estaba en algún balcón?—
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.—

—¿Luego es muerto?—
—No, que vive.—
Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?—
—El CRISTO de la Vega,
A cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor.
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

—“La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la Vega
Tomareis declaración.

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
—Despidiendo al día cantan.
Allá por el *miradero*
Por el Cambrón y Visagra,
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
De Alarcón, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la Vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo

“¿Juró á Inés Diego Martínez
“Por su mujer desposarla?
Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á pesar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—¡SÍ JURO!—
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los lábios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

Aun niño me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes, y oro, y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido.

Y todo confundido
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebató impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi joven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma,
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,